

SIETE CUADRAS

Siete cuabras es la distancia que separa nuestra casa del colegio de mi hijo. Cuabras que he caminado incontables veces de su mano.

Recuerdo vívidamente cuando Joaco empezó el jardín de infantes. Muchas veces esas cuabras no las caminaba todas, yo lo alzaba feliz en mis brazos y lo llevaba algunas a upa. Recuerdo los llantos de los comienzos, cuando la escolaridad era una aventura desconocida para él y que le provocaba miedo y angustia.

Con el tiempo, comenzó gustarle el jardín y era un placer verlo ir entusiasmado con su guardapolvo bordó con un conejito bordado y toda la energía que podía caber en un niño. Siempre de mi mano, siempre juntos.

Algunas veces nos deteníamos en un kiosco y yo le compraba un chupetín y él caminaba feliz las cuabras que faltaban como si es vez de una golosina llevase un trofeo en sus manos. Siempre pensé que la infancia tiene muchas cosas maravillosas, pero sin dudas, una de las mejores, es que todo se vive con una intensidad y un entusiasmo casi milagrosos.

Así intenté vivir yo cada cosa de Joaco, un acto escolar, cuando le tocaba izar la bandera, cuando cantaba el himno y creo que lo logré. También yo, sin ser precisamente una niña, pisé con un entusiasmo inmenso cada baldosa de este camino tan importante para su vida y para la mía también.

Ya en primaria, caminábamos las siete cuabras conversando, compartiendo los miedos de una prueba, las expectativas por un trabajo práctico en el cual yo había tenido mucho que ver, alguna pelea con un compañero o un reto de alguna maestra.

A medida que los años transcurrían, el recorrido no cambió nunca, pero sí cómo lo hacíamos. Al principio, siempre de la mano, luego sólo para cruzar la calle, luego sólo para cruzar la avenida y llegó un momento en el que sólo estábamos uno al lado del otro. Creo que ése fue el momento en que empecé a despedir a un Joaco niño, para darle la bienvenida a un hijo un poquito más grande.

Las conversaciones habían cambiado también, ya hablábamos de fútbol, o mejor dicho yo escuchaba y él me contaba, ya no me pedía una golosina, sino plata para comprarse lo que él quisiera.

Hoy Joaco está en su último año de primaria. Todo para él es entusiasmo por lo que vendrá y yo soy feliz porque así debe ser, pero debo reconocer que me cuesta ir despidiendo de a poco al niño que está dejando de ser.

Antes me quedaba en la puerta del colegio viendo cómo entraba y nos saludábamos con la mano como si nos estuviésemos despidiendo por mucho tiempo. Luego era un abrazo y entraba sin mirar hacia atrás, luego fue un beso rápido porque lo que realmente quería era estar con sus amigos. Y llegó un día en que empezó a despedirse de mí con un beso cuando todavía faltaba una cuadra. No me hizo falta preguntarle el por qué, lo respeté pero me dolió comenzar a sentir la distancia que inevitablemente y saludablemente se iba instalando entre nosotros.

Recuerdo un día, caminando esas siete cuabras, en que Joaco me dijo:

-Mami, tienes que empezar a soltarme, yo podría ir solo al colegio.

-Todo a su tiempo –le contesté- no hay apuro. Sin dudas no lo había para mí, él tenía todo el apuro lógico de su edad.

Joaco no se resignaba fácilmente a un no y cada tanto volvía a decirme que quería comenzar a ir sólo al colegio.

Yo le daba mis razones, que lo veía distraído, que aún no cruzaba del todo bien la calle, que se apuraba, y varias razones más que un día descubrí que no eran ni más ni menos que excusas. Joaco tenía razón, yo debía ir soltándole de a poco la mano, pero me costaba. Sin dudas era mía la necesidad de llevarlo al colegio, era mía la necesidad de sentir que todavía tenía que hacerlo.

No es fácil ir desprendiéndose de la infancia de nuestros hijos, saber que pasamos de tenerlos a upa, a darles la mano, más tarde a estar a su lado y luego a esperar que vuelvan porque se han ido sin nosotros.

Él tenía que ir aprendiendo a manejarse solo y yo tenía que enseñarle a hacerlo. Es difícil enseñarles a los hijos a valerse por sí mismos, porque significa soltarles un poquito la mano, muriéndonos de miedo a que algo les suceda.

Me di cuenta que el aprendizaje era para ambos, con la diferencia que él lo vivía con ansiedad y entusiasmo y yo con miedo y nostalgia.

Y un día decidí desandar las siete cuadras y le propuse a Joaco acompañarlo seis, a los pocos días cinco, luego cuatro, tres, hasta que llegó el momento en el que solo salió de casa y solito llegó al colegio. No olvidaré la expresión de su rostro al despedirse de mí ese día, me dio un beso largo, me abrazó, me dijo un hermoso gracias al oído y se fue llevándose con él una parte importante de mi vida.

Siete cuadras no es una gran distancia, sin embargo para mí fue un largo recorrido, el de la infancia de mi hijo. En general, los cambios grandes de la vida, suelen anunciarse con pequeñas señales, nada grandilocuentes, que sólo el alma capta desde el principio.

Mi hijo ya no camina esas siete cuadras conmigo, no le hace falta un chupetín, mi escucha y mucho menos que le haga upa y si bien me cuesta aceptar que cada vez me necesita un poquito menos, soy feliz por haberlo acompañado en el primer trayecto de su corta vida. De eso también se trata la vida.

De todos modos, aunque no sea de mi mano, él camina esas siete cuadras y caminará todo el resto de su camino con el amor infinito que siento por él y así será por siempre, no importa cuántas “cuadras” la vida no separe.

FOTOS

Acabo de abrir un sobre que mi madre reservó para este día, mi cumpleaños número veintiuno.

-Te regalaré algo muy especial, verás-dijo hace tiempo con su eterno entusiasmo.

Y no se equivocó. Sin dudas, éste es el regalo más especial que he recibido en mi vida.

El sobre contiene veintiuna fotos, pero más que eso contiene una historia:

Cuando yo tenía pocos meses, un mes de enero, mi padre nos sacó una foto a mi madre y a mí, ambos con una gorra puesta con la visera hacia atrás como usan quienes hacen rap. Mi madre me sostenía en sus brazos y ambos lucíamos una sonrisa infinita.

Al año siguiente, mi madre repitió esa foto a la que ella llamó “la foto de los raperitos”. A partir de entonces, se instaló una tradición que se cumplía todos los años.

Mi madre tiene cierto amor por las tradiciones domésticas, cosas pequeñas, gestos simples que le gusta repetir y que los instala como tradiciones cotidianas que hacen las veces de lazos que nos unen aún más.

Sin lugar a dudas, la tradición de esta foto ha sido su preferida. Cada verano (porque casi siempre era en verano y en vacaciones), ella se preparaba especialmente. Esperaba a estar tostada, se ponía el traje de baño que mejor le quedase y con su eterno entusiasmo casi infantil, nos pedía que nos preparásemos para la cesión de fotos.

Cuando dejamos de ser pequeños tanto mi hermano como yo, mi madre temió que nos negásemos a este ritual tan amado por ella, pero jamás lo hicimos. Nunca nos molestó, ni siquiera en edades en la que todo fastidia y más si viene de nuestros padres.

Creo que, sin decirlo, tanto mi hermano como yo comprendimos siempre que esa foto, esa ceremonia era sagrada para mi madre y no sólo lo respetábamos, sino que lo entendíamos.

Era tanto el entusiasmo con el que se preparaba y tan bella la sonrisa que luego salía plasmada en la foto, que parecía que esa imagen podía expresar su infinito amor de madre.

Cuando regresábamos de nuestras vacaciones, comenzaba otro ritual, revelar la foto o imprimirla y colocarla más que orgullosa en un portarretrato.

Recuerdo que cuando éramos pequeños, en el cuarto que compartíamos con mi hermano, mi madre había colgado en dos paredes todas nuestras fotos de raperitos, en una pared aquellas en las que estaba conmigo y en otra aquellas en la que estaba con mi hermano.

“Así vamos teniendo nuestra historia, año tras año” había dicho. Era hermoso y en cierto modo divertido ver cómo íbamos cambiando y creciendo año a año. Sin embargo, había algo que en todas las fotos permanecía intacto y era la sonrisa de mi madre.

Hubo un año en que no pudimos sacar la foto estando de vacaciones, ese año mi padre había estado muy mal de salud y el verano se fue en otras cosas que eran, sin dudas, más urgentes.

Fue en el mes de abril y con mi padre ya repuesto que no faltamos a la cita que teníamos con nuestra historia, nuestra tradición y sobre todo con ese vínculo especial que manteníamos madre e hijos.

En aquella foto, que hoy también tengo en mis manos, mi madre está visiblemente más delgada, no estaba tostada y en sus ojos todavía se podía ver algo del calvario que vivió pensando que mi padre moriría. Sin embargo, una vez más, su sonrisa estaba presente y era la misma. Siempre pensé que mi madre sonría como si todavía fuese niña, creo que algo de eso hace que su sonrisa se vea tan mágica.

-Cuando cumplas tu mayoría de edad, te dejaré libre de estas fotos- dijo un día, pero yo no le creí.

Sin embargo, hoy y creo que a modo de darme la bienvenida a mi mayoría de edad, mi madre me ha regalado las veintiuna fotos de raperitos que nos hemos sacado. Tengo mi historia con ella en este sobre que contiene mucho más que veintinueve fotos.

No me canso de mirarlas una y otra vez. Es mi vida la que en ellas se refleja, el paso del tiempo, el amor que siento por mi madre y el que ella siente por mí. Son momentos especiales que he vivido, de esos que se atesoran para siempre, de esos que no abundan, de esos que, espero, pueda yo brindarles a mis hijos.

Es un bello regalo, el más bello que haya recibido, preparado por mi madre con amor, con el mismo amor con que ha hecho siempre las cosas por mi hermano y por mí.

Sin embargo, un dejo de tristeza se me alojó en el alma, tal vez sea melancolía por esa infancia que dejé, por ese tiempo de familia que cuando uno crece cambia.

Mirando las fotos una vez más, volví a reparar en la sonrisa de mi madre y la tristeza se borró. Hoy me espera a cenar y sé que me recibirá con esa misma sonrisa que se refleja en estas veintiuna fotos que hoy recibí.

UN TROCITO DE CHOCOLATE

Mi madre fue siempre muy golosa. Desde que tengo memoria la recuerdo cada noche, saboreando un trocito de chocolate, su dulce preferido. Su día era intenso, siempre estaba haciendo cosas, jamás descansaba. Recuerdo que de niña pensaba cómo podía hacer tantas cosas sin cansarse, sin decir basta. No tenía nunca un tiempo para ella, excepto por ese ratito mágico que se tomaba por la noche, antes de irse a dormir.

Se sentaba en un sillón y tomaba un chocolate pequeño. Mientras lo iba saboreando cerraba los ojos y yo me imaginaba que soñaba con otra vida, tal vez menos ocupada, tal vez más feliz. No lo sé, jamás lo supe.

Mi madre no se quejaba, pero yo intuía que en ese mágico momento de la noche mi madre imaginaba otra realidad.

Esa costumbre era tan de ella que en cierto modo la definía, dulce, tranquila, silenciosa, reconfortante para el alma. Nunca olvidaré el recuerdo de esa imagen y el sonido del papel del chocolate que mi madre abría cada noche, todas las noches.

Las pocas veces que la vi enferma, no sólo me daba cuenta por su rostro o la preocupación de mi padre, sino porque no comía ese trocito de chocolate. Ése era para mí el principal indicio de que no estaba bien.

El mejor regalo que se le podía hacer era por supuesto, un chocolate y lo más bello era que también le gustaba compartirlo conmigo. Llegó un momento en que más allá de un hábito propio de mi madre, se había convertido en un encuentro entre ambas. Entre bocado y bocado, nos contábamos nuestras vidas, nuestros sueños y nuestras realidades.

El tiempo pasó, yo hice mi vida, tuve mi hogar, mis hijos y mi madre siguió con su vida y su rutina de color marrón y sabor dulce.

Mi madre envejeció y comenzó a marchitarse, no por los años, sino porque su salud se fue deteriorando. Hice todo lo que pude, siempre. Me resistía a llevarla a otro lugar, a obligarla a abandonar su hogar, así como la memoria y la salud la iban abandonando a ella.

Llegó un momento en que ya era imposible que viviese sola, yo no podía abandonar por completo mi hogar y nunca encontré alguien que la cuidase como ella merecía ser cuidada. Y entonces, la tuve que llevar a una casa de reposo, donde la atendían las veinticuatro horas y estaban pendientes de todo.

No me gustó hacerlo, sentí que le fallaba, que la traicionaba, pero a veces –muchas en realidad– uno no hace lo que quiere, sino lo que la situación obliga a hacer.

Todos los días iba a visitarla y no faltaba en mi bolsillo un chocolate para compartir. A veces la encontraba dormida y se lo dejaba para más tarde.

Cuando se sentía con ganas de charlar, era para mí una fiesta compartir ese momento en el que parecía que el tiempo no había pasado y que ella seguía en su sillón de siempre.

Pero así como los chocolates se derriten, se terminan o se ponen viejitos, la vida de una persona también se va apagando.

Para mí también habían pasado los años y si bien es cierto que uno va perdiendo cosas con ellos, también lo es que se ganan otras, el valorar lo que se tiene y se ha tenido, el atesorar los momentos como si fuesen los últimos y el saber que, porque todo o casi todo tiene un fin, hay que disfrutarlo.

Un día como tantos llegué, le di un beso, me senté a su lado y le pregunté si quería un trocito de chocolate.

-No gracias-contestó sin mirarme y supe, sentí que ya no habría retorno.

Su salud era cada vez más precaria, como su memoria, como perdida era su mirada y como inexorable su final.

No me resigné, cada día cuando iba a visitarla, le ofrecía chocolate. Ya casi no se daba cuenta de ese mimo, de ese gesto de amor que significaba esa golosina, pero ella merecía que yo se lo siguiera ofreciendo. Era como un homenaje a tantos años de dulce compañía que ella me había dado.

Otro día, uno especial, me sorprendió pues me contestó que sí, y lo saboreó con los ojos cerrados, como hacía cuando era joven, y lo compartimos conversando felices como tantas otras veces.

Me fui feliz y ése fue el último día que la vi con vida.

Mi madre murió al día siguiente y no pude despedirme, o en realidad sí. Hoy creo que ella volvió a conectarse conmigo ese día para decirme adiós a nuestra manera y a su modo, un modo dulce y tranquilo.

Hoy soy yo la que todos los días come un trocito de chocolate. También cierro los ojos y no imagino otra vida, imagino a mi madre acompañándome y compartiendo conmigo este hermoso ritual de amor.

LAS LLAVES

Cuando falleció mi padre sufrí mucho su pérdida, muchísimo. Sin embargo, a pesar de extrañarlo tanto como lo extraño aún hoy, no sentía el desamparo que hoy me inunda, me desborda, me lastima.

□ Mi padre se fue hace ya varios años y mi madre siguió habitando la casa donde crecí. Esa casa donde la vida empezó, ese lugar que fue mío durante tanto tiempo.

La casa de nuestra infancia no se parece a ninguna otra que podamos tener a lo largo de nuestra vida. Las casas que habitamos -cuando crecemos- aún cuando nosotras mismas las convertimos en hogares, no tiene sus aromas, ni su encanto y mucho menos sus recuerdos.

Visitar a mi madre en su casa era mucho más que verla y compartir un rato con ella. Algo de esa niña que fui volvía con cada visita. Un sentido de cálida y tierna pertenencia me invadía y una mezcla de sentimientos bailaba en mi corazón: nostalgia, alegría, melancolía.

Amaba visitar a mi madre, no sólo por ella, sino por volver a esa casa, mi casa, la primera casa que fue mía, la que me vio crecer y a la que dejé hace muchos años ya.

Cada parte de esa casa tiene una historia, cada mueble, cada adorno. Todo guarda las primeras escenas de mi vida, no sé si las más bellas, pero sí las más significativas, esas escenas que me convirtieron en quien soy hoy y que me acompañarán por siempre.

Mi madre falleció hace un par de años y desde el día que murió supe que otro día casi igual de doloroso me esperaba.

La casa quedó vacía o no en realidad. Ya nadie la habitaba, pero mi historia seguía allí y la de mis padres y la de la familia que fuimos alguna vez.

Sabía que tendría que vender la casa y me alivió pensar cuánto tardarían esos trámites. Y si bien no me equivoqué y tardamos mucho en poner en orden legal todo, el día llegó y la casa estuvo en condiciones de conocer un nuevo dueño.

Me costó mucho, demasiado, ponerla en venta, era como poner a la venta parte de mi vida, mi historia, mis afectos de ayer, pero tuve que hacerlo. Sin embargo, algo aún más doloroso me esperaba: desocuparla.

Me resultó una lenta agonía vaciar la casa de mis padres, la que fuera mía también. Cada vez que iba, cada cosa que sacaba era un recuerdo, una vivencia, una risa o una lágrima. Y cada vez que iba, algo de mí quedaba en el lugar vacío que yo misma dejaba al sacar las cosas, cada día algo de mí moría un poquito.

Yo no tenía apuro ninguno en desocuparla por completo. No quería dejar de ir, no quería dejar de mi visitar mi vieja casa, mi vieja vida y a mis padres que desde algún rincón seguro me estaban mirando. Yo no tenía apuro, pero el nuevo dueño sí.

Quise traer a mi actual casa varias cosas de la casa de mi madre, pero poco fue lo que entró. Las casas de hoy son como la vida de ahora, no hay mucho lugar para atesorar cosas. Son casas donde se vive rápido, más pequeñas, sin mucho lugar para detenerse a recordar.

Recuerdo el rostro de mi hija cuando le conté que traería a nuestra casa el sillón donde mi madre tejía.

-¿Estás loca? –preguntó y como si esa pregunta no fuese ya muy hiriente agregó: ¿No hablarás en serio? Ese viejo sillón es horrible verdaderamente.

No la culpo, es joven y no entiende que en lo que menos pienso yo es si el sillón es bello o no, viejo o nuevo, si combina o no con mis muebles. No, no la culpo, ese sillón es parte de mi historia, no de la de ella, soy yo quien intenta aferrarse al pasado y ella es sólo presente y futuro.

De todos modos lo traje y ubiqué el sillón de mi madre en mi cuarto y con el sillón vinieron muchas otras cosas, sus libros, cosas de su cocina y cosas que mis padres amaban mucho.

Y finalmente el día llegó, la casa quedó vacía, como ese día vacía estaba mi alma. No sé dónde se sentía más frío, si en esa casa deshabitada o en mi corazón. Tenía el juego de llaves en la mano y esperaba al nuevo dueño deseando que nunca llegase.

Pero llegó, se dio cuenta de que ese momento era difícil para mí, pero nunca puede haberse dado idea de cuánto.

Dio unas vueltas, hizo unas preguntas tontas, algunos comentarios poco interesantes y finalmente llegó el momento que, en cierto modo, también él trataba de retrasar.

En ese sencillo acto de darle las llaves de la casa que fuera de mis padres, que fuera mía, sentí que mi alma se desgarraba. Ya no había vuelta atrás, ya no habría más visitas, ni recuerdos con los que reencontrarme, ni fantasmas que inventar para sentirme menos sola.

Sé que esta sensación pasará y todo se acomodará. Mi dolor mermará, mi corazón se tranquilizará y hasta el sillón de mi madre lucirá bello en mi habitación.

La vida no se detiene con la muerte de los seres que amamos y la mía continuará también y me acostumbraré a estas ausencias, sin dudas así será. Pero hoy no pude evitar sentir que en ese manojito de llaves que dejé en las manos de un extraño, entregué mi historia.

Una gran parte de lo que fue mi vida se fue con esas llaves y quedó para siempre detrás de esa puerta que esa persona cerró y que yo jamás volveré a abrir.

<http://www.encuentos.com/cuentos-de-madres/siete-cuadras/>

<http://www.encuentos.com/cuentos-para-padres/fotos/>

<http://www.encuentos.com/cuentos-cortos-espirituales/un-trocito-de-chocolate/>

<http://www.encuentos.com/cuentos-cortos-espirituales/las-llaves/>